

Comunicación en el VII Congreso Internacional de Análisis Textual.

Trama y Fondo. Universidad Complutense.

### **Los nombres divinos de los cuatro elementos**

Vicente García Escrivá

Universidad de Alicante / Trama y Fondo

[Texto provisional]

Según la *doctrina de los cuatro elementos*, atribuida por lo general al filósofo presocrático Empédocles de Agrigento<sup>1</sup>, el universo estaría compuesto por *cuatro elementos* fundamentales—*fuego, tierra, aire y agua*—que vendrían a ser los “principios” de todas las cosas. Tales elementos se presentan como indestructibles y eternos, de modo que todo cuanto existe nace y muere por la unión y la separación de estos. Las cualidades de los diversos objetos que componen el universo dependerán, por tanto, de la proporción en la que los cuatro elementos se hayan mezclado en cada caso. Empédocles defiende, asimismo, la existencia de dos fuerzas originarias y opuestas—el *Amor* y el *Odio*, representantes de un poder natural y divino a la vez—que condicionan y rigen las múltiples relaciones que los cuatro elementos establecen entre sí.<sup>2</sup>

La doctrina de los cuatro elementos, difundida y racionalizada a través de Aristóteles, tuvo una gran aceptación en el pensamiento occidental durante siglos y, de hecho, no cayó por completo en desuso hasta la consolidación de la Modernidad. En este sentido, W. K. C. Guthrie señala que:

---

<sup>1</sup> Al parecer, esta doctrina fue defendida también por la escuela pitagórica, incluso es posible que con anterioridad a Empédocles. Cf. GUTHRIE, W. K. C., *Historia de la filosofía griega. Volumen II: La tradición presocrática desde Parménides a Demócrito* (traducción de Alberto Medina González), Madrid, Gredos, [1965] 1986, p. 153.

<sup>2</sup> Cf. FERRATER MORA, José, *Diccionario de filosofía* (nueva edición revisada por Josep-Maria Terricabras), Barcelona, Ariel, [1994] 2004, pp. 997-998.

Aunque esta doctrina de los cuatro elementos fue, inmediatamente, destronada por Anaxágoras y los atomistas, se volvió a restaurar, de forma modificada, como la base de la teoría física de Aristóteles, cuya importante autoridad la mantuvo a través y más allá de la Edad Media. A pesar del reto de químicos como Boyle, se seguiría diciendo, por lo general en el siglo XVII, que los elementos de los cuerpos eran tierra, agua, aire y fuego.<sup>3</sup>

Ciertamente esta “doctrina” se inscribe en una concepción del mundo anterior al paradigma científico-positivista, es decir, en un contexto cultural regido fundamentalmente por lo *mítico*. Si bien son muchos los autores que han querido ver en Empédocles, y en los filósofos presocráticos en general, un primer paso para el progresivo abandono del marco del pensamiento mítico y, por tanto, para el alumbramiento de la racionalidad occidental.

Los escritos originales de Empédocles—dos poemas: *De la Naturaleza* y *Purificaciones*—se han perdido en gran parte, por lo que su pensamiento se ha conservado fundamentalmente a través de otros filósofos y comentaristas griegos. Así por ejemplo, el compilador Aecio<sup>4</sup> recoge los siguientes versos de Empédocles precedidos por un comentario propio:

El agrigentino Empédocles, hijo de Metón, dice que hay cuatro elementos—fuego, aire, agua, tierra—y dos fuerzas originarias, Amistad y Odio, una de las cuales es unificadora y la otra divisiva. Y habla de este modo:

*Escucha, primero, las cuatro raíces de todas las cosas:*

*Zeus brillante, Hera dadora de vida, Aidoneo*

*y Nestis, que con sus lágrimas hace brotar la fuente mortal.*<sup>5</sup>

---

<sup>3</sup> GUTHRIE, W. K. C., *Historia de la filosofía griega*, óp. cit., p.154.

<sup>4</sup> Aecio (o *Aetius*) fue uno de los *doxógrafos*, o compiladores de opiniones, griegos. Vivió en el siglo II a.C. y fue autor de una recopilación de filosofía citada como las *Placita* de Aecio (*Aetii Placita*). Cf. *ibid.*, p. 70.

<sup>5</sup> AECIO, I 3, 20; en LA CROCE, Ernesto *et al.* (Traducción y notas), *Los filósofos presocráticos*, tomo II, Madrid, Gredos, [1978] 2001, pp.103-104.

Aunque en otro lugar Empédocles se refiere a los cuatro elementos por su apelativo común<sup>6</sup>, resulta significativa esta designación mediante nombres divinos: Zeus, Hera, Aidoneo y Nestis. Y no sólo por el hecho de que los elementos se identifiquen con la divinidad en general—y adquieran por ello un carácter, digamos, trascendente—sino sobre todo por las características que cada una de estas deidades confiere al elemento con el que se asimila. Sin embargo, y dado que Empédocles no indica, ni aquí ni en otro lugar, cuál es el elemento designado por cada divinidad, surge la duda acerca de la correspondencia exacta entre las referidas figuras divinas y los cuatro elementos fundamentales.

En un cuadro de la escuela barroca flamenca titulado *La Abundancia y los Cuatro Elementos*<sup>7</sup>, obra conjunta de Hendrik de Clerck y Jan Brueghel el Viejo realizada en 1606, se muestra una alegoría de la Abundancia flanqueada por las divinidades que encarnan los cuatro elementos. En esta representación, Zeus es claramente el *fuego*, Hera, la *tierra*, Aidoneo, el *aire*, y Nestis, el *agua*. El conjunto pictórico resulta muy sugerente y, en mi opinión, la correspondencia entre elementos y divinidades que plantea es por completo acertada. Si bien cabe advertir que esta correlación no es la única ni la más aceptada. Ya desde antiguo se han barajado distintas equivalencias fundamentadas en argumentos y criterios dispares, lo que ha dado pie a la llamada *polémica de los nombres divinos de los elementos*<sup>8</sup>. El breve análisis textual que sigue pretende terciar en dicha polémica, y confío en que sirva para justificar la correlación propuesta.

Para empezar, obsérvese que Empédocles no nombra los cuatro elementos a través de las figuras sagradas habitualmente empleadas en la Antigua Grecia para

---

<sup>6</sup> Cf. SIMPLICIO, *Física* 25, 21; en *ibíd.*, p. 98.

<sup>7</sup> CLERCK, Hendrik de y Jan BRUEGHEL EL VIEJO, *La Abundancia y los Cuatro Elementos*. 1606. Óleo sobre lámina de cobre. 51 cm x 64 cm. Museo Nacional del Prado de Madrid.

<sup>8</sup> Sobre dicha polémica, véase GUTHRIE, W. K. C., *Historia de la filosofía griega*, óp. cit., pp. 155-157.

referirse a ciertas manifestaciones naturales que, de alguna forma, podrían remitir a tales elementos. Por ejemplo, Helios, la personificación del sol, por el *fuego*; Rea o Gea por la *tierra*; Eolo, dios de los vientos, por el *aire*; Posidón, el señor del mar, por el *agua*. Los *nombres divinos de los elementos* no son, por consiguiente, unos simples términos retóricos o una especie de licencia poética utilizada por Empédocles para expresar sus ideas. Hay algo mucho más sustancial tras ellos. Convendría, pues, detenerse un instante en las cuatro divinidades que los designan.

Carlos García Gual cuenta sobre Zeus:

Su nombre ofrece una clara etimología. Como el Dyaús védico y el latino Júpiter (*Iuppiter/Diespater*), está formado sobre un radical indoeuropeo *diu / dieu* que significaba claridad del cielo. Era, pues, en su origen, el gran dios celeste, el que en lo alto dominaba. Sus epítetos homéricos de “amontonador de nubes”, “altitonante”, “gozador del rayo”, evocan ese aspecto de soberano celeste y señor de las tormentas. [...] Ya en Homero Zeus es indiscutiblemente el primero de los dioses en poderío y saber. Por encima de todos los demás ejerce su función de “Padre”, protector de dioses y hombres.<sup>9</sup>

Así que este “Padre” de “dioses y hombres” es un dios celestial cuyos atributos son el trueno [“altitonante”] y el “rayo”. Tanto el significado de su nombre, “claridad del cielo”, como el dominio que ejerce desde las alturas remiten al *sol*, cuyo color y calor son los del *fuego*; pero también al poderoso relámpago, que provoca las llamas allí donde impacta. No es de extrañar, por tanto, el apelativo de “brillante” que le asigna Empédocles.

En cuanto a Hera, García Gual explica que:

El nombre de la diosa parece provenir de la raíz indoeuropea *jē̃r-/jō̃r-* (como el griego *Hora* y el alemán *Jahr*) e indicaría a “la que está en sazón”, “madura para

---

<sup>9</sup> GARCÍA GUAL, Carlos, *Introducción a la mitología griega*, Madrid, Alianza Editorial, [1992] 2001<sup>2</sup>, pp. 97-98.

el matrimonio”. Es la “venerable esposa de Zeus”. [...] y ya en época micénica se extendió su culto; remontan los templos más antiguos en su honor a la época de los primeros templos, hacia el 800 a.C.<sup>10</sup>

Destaca en la figura de Hera su papel de “esposa” y *madre*, pues esto significa precisamente estar “en sazón” o “madura para el matrimonio”. Por otra parte, su presencia en el mundo griego es muy antigua—se trata de una divinidad primitiva, que se remonta “a la época los primeros templos”, es decir, a los *orígenes*—y seguramente apareció como una gran *diosa madre*. Es lógico, entonces, que Empédocles la llame “dadora de vida”, cualidad que comparte con la fértil *tierra*.

Por su parte, Aidoneo es una variante de Hades. Y de nuevo siguiendo a García Gual, resulta que:

El nombre de Hades parece evocar lo “invisible” ya en su misma etimología. El dios era *A-ides* (*a-widés*). Su dominio lleva ese mismo nombre.<sup>11</sup>

Aidoneo es, al igual que Posidón, hermano de Zeus. En el reparto del universo que llevaron a cabo los tres dioses olímpicos le correspondió el *Más Allá*. El significado de su nombre viene a ser *el no visible*, lo que resulta muy apropiado para el señor del ultramundo. Y es que, al margen de su ubicación concreta—y parece que la localización en el subsuelo es bastante tardía, como atestigua la *Odisea*<sup>12</sup>—la morada de los espíritus de los muertos es un ámbito intangible que permanece oculto a la vista, como ocurre con el *aire*. También como el aire—unas veces sutilmente, otras de manera repentina y violenta—se desvanecen las almas de los hombres que marchan a los dominios de Hades.

---

<sup>10</sup> *Ibíd.*, p. 102.

<sup>11</sup> *Ibíd.*, p. 139.

<sup>12</sup> Cuando Odiseo, enviado por Circe, viaja al Hades, éste resulta ser un lugar situado en el extremo occidental del mundo al que puede llegarse simplemente navegando, sin ninguna clase de descenso. Cf. *Odisea*, XI, 1-22.

Finalmente, Nestis, que según Guthrie<sup>13</sup> sería una diosa siciliana del *agua*, ha sido identificada por Peter Kingsley como Perséfone, la esposa de Aidoneo y en consecuencia reina del *Más Allá*.<sup>14</sup> Se trata de una divinidad un tanto compleja, ya que presenta más de un nombre, al tiempo que muta sus características y funciones a lo largo de su trayectoria mitológica. En opinión de Robert Graves tales cambios se deben a que:

Core, Perséfone y Hécate eran claramente la diosa en tríada como Doncella, Ninfa y Vieja, en una época en la que sólo las mujeres practicaban los misterios de la agricultura. Core representa el grano verde, Perséfone la espiga madura y Hécate el grano cosechado [...].<sup>15</sup>

Y este mismo autor precisa que el nombre de la Ninfa era:

Perséfone (de *phero* y *phonos*, “la que lleva la destrucción”), llamada también Persefata en Atenas (de *ptersis* y *ephapto*, “la que fija la destrucción”) y Proserpina (“la temida”) en Roma [...].<sup>16</sup>

Los antiguos griegos evitaban pronunciar el nombre de Perséfone por precaución y habitualmente la llamaban *Core*, es decir, *la muchacha*; quizá por motivos similares Empédocles se refiera a ella como Nestis. Al ser hija de Démeter—otra diosa madre, con la que, por cierto, se le rendía culto conjuntamente—está ligada a la fertilidad y al nacimiento. Como esposa de Aidoneo, en cambio, entronca con la muerte. Se comprende así el *temible* significado de su nombre.

Perséfone—la *diosa en tríada*, para ser más exactos—representa el *ciclo de la vida*, y de manera significativa pasa una parte del año (la primavera y el verano) con su madre y la otra (el otoño y el invierno) con su esposo en el Hades. De ahí que

---

<sup>13</sup> Cf. GUTHRIE, W. K. C., *Historia de la filosofía griega*, óp. cit., p.155.

<sup>14</sup> Cf. KINGSLEY, Peter, *Ancient Philosophy, Mystery and Magic: Empedocles and Pythagorean Tradition*, Oxford, Oxford University Press, [1995] 1996, p. 350 y ss.

<sup>15</sup> GRAVES, Robert, *Los mitos griegos* (traducción de Esther Gómez Parro), Barcelona, RBA, [1955] 2005, p. 105.

<sup>16</sup> *Ibíd.*, p. 106.

Empédocles diga que “con sus lágrimas hace brotar la fuente mortal”, esto es, la fuente de la que mana un *agua* que da la vida, pero que conduce también, como los ríos infernales, a la muerte.

Según se desprende del análisis sus nombres divinos, los cuatro elementos se dividen en dos principios masculino-paternos [*fuego y aire*], representados por Zeus y Aidoneo, y en otros dos femenino-maternos [*tierra y agua*], encarnados por Hera y Nestis. Los primeros serían celestiales o *cósmicos*, mientras que los segundos serían terrenales o *ctónicos*. Estos pares de principios opuestos resultan complementarios, puesto que de ellos se derivan dos parejas ligadas por el lazo sagrado del matrimonio: por un lado, Zeus y Hera, el *fuego* y la *tierra*, es decir, la *energía* y la *vida*; y por otro, Aidoneo y Nestis, el *aire* y el *agua*, esto es, el *espíritu* y el *tránsito*. De modo que *lo masculino*—con dos caras, *potencia* y *hálito*—se engarza en términos universales con *lo femenino*—también con dos facetas, *nacimiento* y *muerte*—para en su encuentro, o en su choque, generar todo cuando existe. Si añadimos que los cuatro elementos están regidos a su vez por un par de fuerzas contrarias, el Amor y el Odio—o la *amistad* [*philatés*] y la *discordia* [*neikos*], la unión y la división, la construcción y la destrucción—el resultado es, más que una explicación rudimentaria en términos físicos de la composición y las propiedades del universo, un mito cosmogónico, al tiempo que un saber místico, que se enraíza en los soportes más elementales de la naturaleza humana, tal y como era concebida en el mundo griego arcaico. Con razón decía Empédocles: “Escucha, primero, las cuatro *raíces* de todas las cosas”.